

Víctor Ballesteros Sánchez-Molina

LA VIDA PENSADA

Filosofía para
responder las
preguntas de ayer,
hoy y siempre



temas de hoy

VÍCTOR BALLESTEROS
SÁNCHEZ-MOLINA
LA VIDA PENSADA

Filosofía para responder las preguntas
de ayer, hoy y siempre



temas de hoy

© Víctor Ballesteros Sánchez-Molina, 2025
Corrección de estilo de cargo de Álex Herrero

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-10293-40-3
Depósito legal: B. 2.844-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

<i>Me presento: Platón pensó mi vida</i>	13
<i>Un previo: ¿Sirve para algo la filosofía? Nietzsche</i>	17

LA INFANCIA LAS PRIMERAS VECES

¿Qué están viendo mis ojos?	
<i>Descartes</i>	27
¿Por qué se entienden hablando los humanos que me rodean?	
<i>Wittgenstein</i>	39
¿Por qué no me gusta tener fiebre?	
<i>Epicuro</i>	51
¿Hay que cumplir siempre con las normas?	
<i>Platón</i>	65

LA NIÑEZ
LA PREGUNTA POR EL BIEN Y LA JUSTICIA

¿Para qué sirve castigar?	
<i>Foucault</i>	83
¿Por qué mi maestro quiere que sea <i>bueno</i> ?	
<i>Hobbes</i>	97
¿Puedo ocultarles una travesura a mis padres?	
<i>Stuart-Mill</i>	111
¿Me engañan mis padres con los Reyes Magos?	
<i>Hume</i>	123

LA ADOLESCENCIA
LA CONSTRUCCIÓN DEL YO

¿Qué hacer si soy cómplice del <i>bullying</i> ?	
<i>Arendt</i>	141
Ciencias o letras: ¿Qué <i>c*#&</i> hacer con mi vida?	
<i>Comte</i>	153
¿Qué significa realmente la palabra <i>amigo</i> ?	
<i>Aristóteles</i>	165
¿Es importante saber <i>qué quiero ser</i> ?	
<i>Heidegger</i>	175

LA JUVENTUD
UN PROYECTO DE FUTURO

¿Qué significa ser <i>mayor de edad</i> ?	
<i>Kant</i>	193

¿Es normal sentirse tan solo al tomar decisiones?	
<i>Sartre</i>	205
¿Por qué no debo espiarle el móvil a mi pareja?	
<i>Beauvoir</i>	217
¿Puede mi jefe explotarme este verano?	
<i>Marx</i>	229

LA ADULTEZ EL MUNDO QUE ME RODEA

¿Hago caso a mi médico o a Google?	
<i>Karl Popper</i>	247
¿Cómo educar a mis hijos (si los tengo)?	
<i>Sócrates</i>	259
¿Qué significa ser racista?	
<i>Francisco de Vitoria</i>	271
¿Puedo defraudar a Hacienda para ahorrarme pagar impuestos?	
<i>Locke</i>	283

LA VEJEZ SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA

¿Qué hace que una vida tenga sentido después de jubilarse?	
<i>Séneca</i>	301
¿Me puedo volver a enamorar después de enviudar?	
<i>Erich Fromm</i>	313

¿Por qué nos da miedo la muerte?	
<i>Unamuno</i>	325
¿Hay un Dios bueno esperándome?	
<i>Agustín de Hipona y Tomás de Aquino</i>	337
<i>Epílogo: El asombro que da que pensar</i>	351
<i>Escolio: Textos sobre el asombro</i>	355
<i>Para leer más</i>	359
<i>Agradecimientos</i>	363

Reconozco que es atrevido fijar qué preguntas nos vienen cuando somos tan pequeños. Antes del segundo ciclo de educación primaria confluyen dos circunstancias que forjan quiénes seremos en el futuro. Es cierto que a esas edades nuestro entendimiento está sin formar aún y que caminamos por la vida mientras ella nos vive a nosotros, nos atraviesa sin dejar rastro, sin pena ni gloria, como solemos decir. Sin embargo, esta consciencia ausente nos conduce a una fascinación tremenda por todo lo que nos rodea. Es durante la niñez cuando encontraremos los ojos más abiertos del mundo, donde encontramos el asombro, la sorpresa y, en ocasiones, el miedo que esta provoca. Aristóteles sabía bien de este estado y lo señala al principio de la *Metafísica* como el origen absoluto de la filosofía: en primer lugar, los hombres se maravillaron por los fenómenos simples y cana-

lizaron la admiración de estos hacia lo astronómico, la fuerza de la naturaleza, etc.

Sin embargo, el niño, igual que el filósofo, intenta encauzar esta estupefacción encajando piezas del puzle. Por eso no debemos extrañarnos de que los niños hagan las preguntas más desafiantes: ¿a qué saben las nubes?, ¿por dónde orinan los peces?... Son inquietudes que a los adultos nos parecen absurdas, inútiles..., pero que guardan detrás una curiosidad ingenua y valiosa. Los niños quieren saber por el mero hecho de saber, sin buscar una utilidad (¡cuántas lecciones nos siguen dando!).

Creo que las preguntas que se hacen en esta etapa son las que abrumarían a los metafísicos más sesudos, pues son capaces de poner en jaque la realidad en su conjunto. Preguntas que nos parecen descabelladas, pero cuya respuesta nos cuesta más de un dolor de cabeza. Espero que nunca te pregunten si podría ser que en realidad solo fuéramos personajes de *Los sims* con los que un jugador adolescente que pasa tardes enteras jugando.

Por ello he escogido unas preguntas que considero radicales. También los más pequeños son los más radicales en su comportamiento, duros negociadores y con firmes convicciones en muchos casos. En cambio, esta radicalidad la defino por el acto de acudir a la raíz, por la forma en que nuestros hijos e hijas cuestionan el suelo que pisan. Así pues, mi recomendación en este punto es que leas este bloque con una mente muy abierta a las preguntas trascendentales que se plantean y que no tengas miedo a preguntarte por cuestiones de calado. Iremos desgranándolas poco a poco. Pero, ahora, comencemos.

¿QUÉ ESTÁN VIENDO MIS OJOS?

Descartes

Siempre que veo con mis alumnos *Matrix* me gusta imaginarme a un joven Descartes sentado en el aula. Desconozco si Descartes vería confirmadas sus sospechas acerca de la realidad, si pondría el filme como ejemplo de lo que quería hablar en sus obras o si denunciaría a las hermanas Wachowski por plagio. En cualquier caso, si tomamos partes del *Discurso del método* y de las *Meditaciones metafísicas*, es muy difícil no pensar en la obra cartesiana a la hora de abordar la película (suprimiendo todas las armas de fuego, por supuesto).

Detrás de la primera parte de esta trilogía encontramos inspiraciones filosóficas que van desde lo más cercano temporalmente hasta la Atenas del siglo v a. C., desde Baudrillard (cuya obra *Cultura y simulacro* se hizo leer a los actores) hasta Platón. Pero analicemos la

situación en la que se encuentra el protagonista de la película para entender en qué aguas nadamos.

A Neo, un programador informático de día y *hacker* nocturno, se le empieza revelar cómo el mundo que tenía ante sus ojos no era más que una mera ilusión. Gracias a la ayuda de otros *hackers* como Morfeo y Trinity, Neo primero se ve fuera del sistema que le mantenía vivo (una suerte de granja ciberpunk de humanos que generan energía para seguir alimentando las máquinas que habían creado dicha realidad paralela y que los oprimen) y empieza su particular proceso de asimilación de todo lo real. Con este proceso avanzado, Neo es capaz de ir haciéndose con las riendas de dicha realidad paralela hasta manipular los límites de esta a su antojo.

Anécdotas aparte, lo sucedido en la vida de Neo coincide perfectamente con los pasos que llevan a Descartes a formular su famosa frase: *Cogito, ergo sum* («Pienso, luego existo»). ¿Cómo llega Descartes a pronunciar esta frase?

¿Quién es René Descartes?

Siendo breve con este capítulo biográfico, la vida de Descartes transcurre casi de modo íntegro en los primeros compases del siglo XVII, entre la zona central de Francia, los Países Bajos y Suecia, donde murió. El hecho central de su producción más conocida son sus estudios en el colegio que los jesuitas regentaban en La Flèche (hoy es el Pritaneo Nacional Militar, aún en activo).

Entre aquellas paredes, Descartes estudió la primaria entre los once y los dieciocho años, donde aprendió lo que era la filosofía capital del momento: Aristóteles y la escolástica. Pero estudiar lo escrito por Aristóteles (fallecido en el 322 a. C.) a la altura del siglo XVII no parecía la mejor de las ideas, teniendo en cuenta que había conocimientos científicos ya superados por figuras tan conocidas como Copérnico o Galileo, quienes habían dejado por escrito sus observaciones. ¿Había estado estudiando Descartes cosas que, consideradas verdaderas, eran falsas o imprecisas? Igual que Neo, Descartes había aprendido una serie de cuestiones acerca de la vida y el saber que no le iban a resultar del todo operativas.

El genio maligno de Matrix es francés

Llegados a este punto, Descartes se plantea serias preguntas acerca de la realidad que le rodea, sobre todo porque quiere llegar a un conocimiento verdadero, indudable y que sirva de cimiento para un nuevo edificio del conocimiento. También nuestros niños lo hacen cuando quieren volar, ser astronautas o bajar a las profundidades del vasto océano (o al menos estas eran algunas de mis inquietudes). Ante un niño que se haga estas preguntas, invitémosle a ser cautos y, para poder llegar a la siguiente verdad incuestionable, organicémonos a la manera cartesiana.

El punto de partida de Descartes es poner entre paréntesis los sentidos, puesto que no son una fuente fia-

ble de conocimiento. Si tú, lector, eres miope como un servidor, no creo que haga falta explicar mucho más acerca de este punto. Lo cierto es que nuestros sentidos, a pesar de que son la fuente por la que más estímulos recibimos, no son del todo fiables. Y, puesto que queremos hacer las cosas en serio, no es conveniente confiar en aquel que nos ha engañado alguna vez, no vaya a ser que vuelva a hacerlo. Este punto es el que causará fricción entre los racionalistas como Descartes (que preferían el uso de la razón y la deducción como fuentes del saber) y los empiristas (como Locke o el mismo Newton, que prefieren los sentidos y la observación, respectivamente). ¿Cómo íbamos a abandonar los sentidos como fuente de conocimiento? ¿Acaso lo que considerábamos *evidente* (literalmente, «lo que vemos») ya no es tal? Descartes resolverá más adelante esta problemática, luego lo veremos.

Siguiendo con la tesis de Descartes, daremos una vuelta de tuerca. ¿No nos ha pasado en ocasiones que tenemos un sueño tan vívido que parecía que era de verdad? ¿O cuántas veces los niños, asustados, acuden a la habitación de sus padres por culpa de una pesadilla? En efecto, nuestra conciencia a veces duda de si soñamos o estamos despiertos. Por eso no parece muy recomendable confiar en ese *sentido común* al que Descartes empieza apelando al principio del *Discurso del método*, ese *bon sens* que es la facultad mejor repartida entre los hombres (pues todos poseen una parte), pero también falible. Parece que Descartes hubiera leído aquello que escribió su contemporáneo Calderón de la

Barca: «Toda la vida es sueño / y los sueños, sueños son».

Ahora bien, el filósofo no se conforma con este giro, pues da el mismo que Morfeo en el filme. ¿Es posible que haya una inteligencia maligna que me engañe y me haga creer cosas falsas como verdaderas? ¿Puedo equivocarme al afirmar que sumar dos y dos da cuatro como resultado? La tesis es extravagante, y siempre que la cuento en el aula los alumnos levantan la ceja del escepticismo. Pero, aun siendo extravagante, no deja de ser probable. En cierto modo, la teoría habla del prisionero de la caverna platónica y del experimento de cerebros en cubetas contemporáneo (lo más parecido a lo propuesto por las hermanas Wachowski). Pero, puesto que es prácticamente imposible que saltemos fuera de nuestro propio entendimiento y la propuesta es plausible, tendríamos que conformarnos con aceptarla como posibilidad.

Pero ¡paremos las rotativas! ¿Hay entonces algo de lo que podamos estar seguros? Porque, si somos estrictos, no podemos estar convencidos de absolutamente nada de lo aprendido. ¿Qué podemos asegurar a ciencia cierta?

Que soy una cosa que piensa. No cabe otra posibilidad. Si dudo del mundo que me rodea (y, con ello, incluso de mi propio cuerpo, pues no deja de ser un conjunto de percepciones), dudo de lo que soy capaz de discernir y deducir matemáticamente. Por lo tanto, si soy capaz de afirmar que soy una cosa que piensa, soy capaz de afirmar que yo, Víctor, soy, de que existo. No sé de qué modo existo, y es probable que, mientras escribo estas

palabras no esté sino engañándome en un dulce sueño, pero es innegable que estoy pensando. Este es el sentido del «Pienso, luego existo» (*Cogito, ergo sum*).

A partir de aquí, del *cogito*, tendremos que afirmar la existencia del mundo que me rodea y todo lo que hay en él. Al menos ya no podemos dudar de nuestra existencia real, en la forma que sea.

Existo, pero... ¿ahora qué?

Admitamos entonces nuestra existencia. No sabemos aún muy bien cómo haremos con el mundo de verdad, pero podemos estar seguros de que existimos. ¿Cómo podemos resolver este problema? Hay que mirar más adentro, en nuestros contenidos mentales, dentro de nuestras ideas.

Descartes nos habla de tres tipos de ideas:

- **Adventicias.** Ideas que vienen del mundo hacia nosotros, como la idea de caballo y la idea de cuerno.
- **Facticias.** Ideas que creamos nosotros, como la idea de unicornio, creada a partir de las dos adventicias anteriores.
- **Innatas.** Ideas que parece que no pueden haber venido de fuera, y tampoco hemos generado nosotros.

Que Descartes admita la existencia de ideas innatas no debería suponernos mayor inconveniente, puesto

que incluso a finales del siglo pasado seguía habiendo propuestas innatistas en la biología. Sin embargo, para Descartes esto supone encontrar una clave de bóveda sobre la que construir el resto de su teoría. Pues, si hay ideas innatas, significa que hay algo trascendente que tuvo que dejar la huella de esas ideas.

Estas dos ideas innatas son las ideas de infinitud y de perfección. Para el racionalismo es difícil afirmar que nosotros, limitados e imperfectos, podamos ser el germen de estas dos ideas (lo infinito y lo perfecto) que nunca veremos. Para este filósofo en particular, es fácil pensar que hay un principio trascendente a nuestro mundo, y que es el origen de estas dos ideas. Una de las perfecciones debe ser la perfección moral, es decir, una bondad absoluta. Por eso, cuando Descartes aborda estas ideas innatas, reconoce rápidamente una creencia personal (la existencia de un Dios bueno), pero que sustenta su experiencia con el mundo. Si es bueno, no es posible que el mundo externo sea engañoso. Antes, bien podríamos hacer cierta *trazabilidad* de ese mundo y encontrar las huellas de ese ser trascendente y creador del mundo.

Quizá te sorprenda la justificación cartesiana para hablar del mundo externo como no engañoso (o no del todo). Sin embargo, sin ella entraríamos en un ensimismamiento tan grande, en un mirarnos al ombligo (en un *solipsismo*, si usamos el concepto filosófico), que es muy difícil no querer justificar la existencia del mundo objetivo, del mundo fuera de mis sentidos. Esta convicción, por tanto, consuela a Descartes al no limitar su

existencia al pensamiento puro y abre su horizonte al conocimiento de la realidad por medio de las herramientas de su entendimiento, de su razón.

¿Podemos hacer esto actual?

Es natural que nuestros pequeños se asombren por el mundo que los rodea, y sus preguntas no dejen de estar presentes cuando empiezan a conocer su entorno. Incluso cuando somos adultos somos capaces de formularnos preguntas de esta profundidad, aunque a veces nos parezcan fruto del delirio o de la paranoia. Por otra parte, veo necesario cuestionarnos sobre la naturaleza de las cosas y cómo las conocemos, si es que queremos acercarnos al mundo de la ciencia, al mundo de lo opuesto a la posverdad, a la posrealidad, etc.

Además, si se me permite, veo necesario hacer una crítica de nuestra adultez. Al etiquetar estas preguntas como propias de los niños, asumimos que no es propio del adulto preguntarse por los cimientos del mundo o sobre si el entorno que percibe es real. Calificamos ciertas actitudes de infantiles (con lo peyorativo de este adjetivo para un adulto), pero haríamos bien los adultos en recuperar estas cuestiones.

Recapitulando, como alternativa a *Matrix*, para ilustrar la filosofía cartesiana me gustaría rescatar *El show de Truman*: un individuo que vive en un plató de televisión descomunal mientras todo el mundo a su alrededor le procura una vida anodina pero segura. Truman (su pro-

pio nombre ya es un juego de palabras, pues suena igual que *true-man* u «hombre verdadero») vive su vida con tranquilidad mientras medio mundo sigue por televisión la retransmisión en directo de su vida. Esta película debutó justo un año antes de que se estrenara el programa *Gran hermano*, que sigue el mismo formato.

¿Cuál puede ser el problema de que el mundo sea una gran fábula? A mi entender, Maurizio Ferraris capta esta problemática a la perfección. En el *Manifiesto del nuevo realismo*, el pensador italiano critica con dureza las consecuencias de la irrupción de la posmodernidad cuando se apostó por resignificar la cita nietzscheana según la cual «no hay hechos, solo interpretaciones de los hechos». Hemos dejado que se convierta en un gran *reality* por hacer de nuestra vida una fábula. Al carecer de grandes relatos con los que interpretar nuestro presente, permitimos que alguien dé sentido a nuestra vida por nosotros y cree nuevas opiniones sobre la realidad.

Esta resignificación tiene un problema añadido, y es que alimenta ese deseo tan humano (y no solo infantil) de alimentar nuestras ensoñaciones. También yo sueño con ser el mejor docente de filosofía que puedan encontrar mis alumnos, aunque rápidamente me vengán a la cabeza nombres de personas que lo harían (y lo hacen) mucho mejor que un servidor. Pero no estamos hablando de lo irreal de los sueños, sino de lo peligroso que es quedarse a vivir en ellos. Igual que Odiseo tuvo que salir de la isla de Ogigia, donde la ocultadora Calipso lo había retenido durante años, también nosotros deberíamos fijarnos un objetivo, una Ítaca que abandonamos hace ya

tiempo, pero que sigue esperándonos, como en el poema de Kavafis.

Este fin sería, a mi juicio, encontrar el relato con el que dar sentido a nuestra existencia. Un relato con el que dar una dirección a la vida que nos atraviesa, de tal forma que podamos asumir responsablemente nuestra tarea racional. Si miramos a la gran mayoría de los pensadores y las pensadoras de la historia, reconocemos un patrón común al subrayar el papel de la razón.

En Aristóteles es el uso de nuestras categorías mentales el que nos garantiza la virtud del saber productivo, práctico o teórico. Este último es el mayor grado de virtud, pues, en el fondo, somos animales racionales que, por naturaleza, desean conocer. Es el uso de nuestra razón el que nos saca de una «culpable minoría de edad», según Kant, cuyas teorías desarrollaremos en otros capítulos. Son, incluso, nuestras decisiones razonadas y libres las que nos constituyen esencialmente (así es para el existencialismo). En definitiva, encontramos un testigo heredado que, en ocasiones, hemos rechazado.

Mientras la razón moría por hipertrofia a lo largo del siglo pasado, y uno de sus efectos negativos era la técnica entendida como manera de exterminio humano, a lo largo de estos primeros compases de nuestra era empezamos a ver la problemática de un mundo que camina sin razón, guiado por la pura emoción, por la pura voluntad ciega. Hacemos verdadera la sentencia de Juvenal *Hoc volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas* («Esto quiero, esto ordeno, sirva mi voluntad de razón»).

Sin embargo, quisiera cerrar esta pequeña reflexión con una analogía. En 1926, se organizó una campaña de prensa en contra del último ejemplar de lobo que habitaba en el parque de Yellowstone. Empezó una caza indiscriminada y, al poco tiempo, lo encontraron muerto. Los grandes depredadores del parque se extinguieron con este último lobo, y, con ello, los herbívoros (especialmente los alces) camparon a sus anchas hasta tal punto que la vegetación del parque corrió grave peligro. Al desaparecer la vegetación, la población de insectos fue mermando, y, con ella, la de pequeñas aves que se alimentaban de ellos. A su vez, la población de los depredadores más modestos, como rapaces y pequeños carnívoros, se redujo. El proceso no se limitó a esto, pues hasta el curso del agua cambiaba ante una vegetación cada vez más ausente, lo que alteró la vida del parque hasta parecer la sombra de lo que un día fue. En definitiva, la ausencia de un pequeño grupo de carnívoros echó a perder todo un parque natural.

En este relato, a mi juicio, el lobo es la razón, el entendimiento, la erudición, la sabiduría. Una vez que ha caído su papel, el entorno que ha dejado tras de sí es un suelo yermo, sin vida, y aquellos que enarbolaron la antorcha de la razón hoy parecen sentirse parcialmente huérfanos. Me pregunto si es posible reintroducir la razón y el orden en una sociedad de la posverdad. Creo que no tenemos otro remedio.

René Descartes

Cronología

1596-1650. Nace en La Haye en Touraine (hoy, Descartes). Muere en Estocolmo.

Obras relevantes

Discurso del método, Disputaciones metafísicas, Tratado de las pasiones del alma.

Un dato curioso sobre su vida

La muerte de Descartes guarda dos anécdotas bastante interesantes. Por un lado, Descartes falleció en Suecia, donde le había convocado la reina Cristina de Suecia. Aunque la causa oficial de su fallecimiento es la pulmonía, varios investigadores han señalado recientemente que su muerte pudo deberse a un envenenamiento con arsénico. Por otro lado, el cráneo de Descartes, después de haber reposado durante dieciséis años en Suecia, desapareció mientras su cuerpo se trasladaba a Francia para ser enterrado con honores. Este estuvo desaparecido hasta el siglo XIX y hoy está expuesto en el Museo del Hombre de París.